

# DESCOLONIZAR LA REGIÓN: REDISCUTIENDO LA CUESTIÓN REGIONAL A PARTIR DE UNA REGIONALIZACIÓN DESDE ABAJO<sup>1</sup>

*Rogério Haesbaert*

Los asuntos regionales son una temática recurrente en la Geografía y, con menor énfasis, en otras ciencias sociales. Entre ellas, es probable que haya sido la Economía la que más ha dialogado con la Geografía por medio del concepto de región. Este capítulo tiene como propósito problematizarlo no sólo en su relación con otros conceptos geográficos, sino también en función del contexto geohistórico en el que fue producido, pues hoy más que nunca es necesario contextualizar en el espacio y en el tiempo la construcción de nuestras epistemologías y cuestionar el carácter universal de una cierta lectura racionalista eurocéntrica. En este sentido, el llamado pensamiento descolonial, de matriz latinoamericana, tiene importantes contribuciones. De forma introductoria, discutiremos la inserción de la región en el ámbito más amplio de las teorías y los conceptos geográficos, posteriormente, haremos una propuesta todavía preliminar de descolonización para el concepto de región en Geografía.

La problemática regional comprende idas y venidas, “muertes y resurrecciones” (Haesbaert, 2003) a lo largo de la historia del pensamiento, pudiéndose identificar por lo menos tres asesinatos y tres renacimientos: una parte expresiva de la Geografía neopositivista “mata” a la región y la transforma en una simple clase de áreas; otro grupo importante de la Geografía crítica de matriz marxista, en su inicio, consideró a la región como un “concepto obstáculo” (Lacoste, 1976) o “fetichizadora del espacio” (Markusen, 1981) y, finalmente, algunos partidarios del globalismo contemporáneo, observan en este proceso el “fin de las regiones”, por la relativa homogeneidad capitalista del espacio (al menos en los países centrales).

De cualquier manera, muchas veces el propio autor que asesinó e hizo renacer la región —véase como ejemplo, Ann Markusen, quien escribió un artículo condenando el uso del concepto de región desde la perspectiva

<sup>1</sup> Artículo traducido por Gonzalo Hatch Kuri.

marxista—, aunque admitiendo al regionalismo, porque enfatiza las relaciones económico-políticas contradictorias (Markusen, 1981), seis años después escribió *Regions: The Economics and Politics of Territory* (1987), donde propuso un concepto bastante tradicional de región.<sup>2</sup>

En ese dilema de la región, especialmente en la Geografía, disciplina en la que emerge como uno de sus conceptos fundamentales, debemos analizar tanto su abandono temporal, así como su polisemia. En Haesbaert (2019 [2010]), a partir del uso conferido por el sentido común y retratado en el *Oxford English Dictionary*, se identificaron siete definiciones para este concepto. Sin embargo, en todos ellos no queda duda de que el acto de regionalizar, tal como indica su raíz latina *regio* o *regere* (regir, mandar), también se le debe considerar, siempre, como un acto de poder: “el poder de recortar, de clasificar e inclusive, muchas veces, también de nombrar” (Haesbaert, 2019: 27). Sin embargo, el concepto geográfico que fundamentalmente se ha visto involucrado con las relaciones de poder desde hace mucho tiempo es el territorio, por ello, es necesario discutir con mayor rigor el sentido que ha adquirido en la actualidad el concepto de región en la Geografía.

## Región y regionalización: para iniciar el debate conceptual

De inicio, es importante establecer algunos puntos teóricos de partida en relación con la región y la regionalización, de esta manera, retomando y releendo de modo sintético algunas de las consideraciones tratadas en el libro *Regional-Global: dilemas de la región y de la regionalización en la Geografía Contemporánea* (Haesbaert, 2019 [2010]), la primera pregunta que nos instiga es ¿por qué regionalizamos? Para responderla, es necesario, en primer lugar, distinguir las dimensiones analíticas, práctico-vivida y normativa, de los asuntos regionales.

Analíticamente, tal como se trata en el medio intelectual y en especial por los geógrafos, los problemas en que se inserta el concepto de región pueden ser abordados de forma sucinta de la siguiente manera:

<sup>2</sup> En ese trabajo, Markusen define la región como “una sociedad territorial contigua, históricamente producida, que posee un ambiente físico, un *milieu* socioeconómico, político y cultural distinto de otras regiones y en relación con otras sociedades territoriales básicas, la ciudad y la nación” (Markusen, 1987:16).

*Un problema de análisis relacionado a la diferenciación del espacio.* Se plantea en un primer nivel, la cuestión de la multiplicidad y la diferenciación del espacio geográfico, sus distintas extensiones (en el caso de las llamadas regiones homogéneas, por ejemplo, que tratan el espacio mucho más como un espacio absoluto, objeto de separaciones nítidas) y/o cohesiones, articulaciones (en el caso de las regiones funcionales, por ejemplo, que privilegian el espacio relativo). Dependiendo de la concepción de espacio —y de diferencia— que prioricemos, la región podrá adquirir una connotación más cualitativa (diferencias de naturaleza o de género) o más cuantitativa (cuando se priorizan diferencias de grado como en el abordaje económico de las desigualdades regionales).

*Un problema de recorte en el sentido escalar.* Considerando la diferenciación del espacio geográfico se plantea de inmediato su asociación con la escala de análisis; en un sentido más amplio, una cuestión analítica regional es aquella que involucra, en cualquier escala, el dilema de recortar el espacio geográfico en unidades con cierta coherencia interna. Otra tradición es la Geografía regional, que enfoca recortes específicos, ya sean estos a nivel intranacional o como recorte global (los continentes, por ejemplo), sin olvidar que durante mucho tiempo, y especialmente en la llamada Geografía regional de matriz francesa, se tomó la región en un sentido estricto, como aquella situada en una escala intermedia entre los niveles local y nacional.

Consideradas estas distintas modalidades de diferenciación del espacio y sus múltiples escalas, uno de los problemas analíticos fundamentales en el tratamiento de la región, en consecuencia, es aquel que se plantea por los elementos o las dimensiones que deben ser consideradas o privilegiadas en los métodos de regionalización.

De esta manera, geógrafos clásicos como Paul Vidal de la Blache resaltaban que las múltiples fuentes de diferenciación geográfica deberían ser vistas de forma integrada (la famosa región síntesis, natural y humana) y que uno o algunos elementos podrían ser escogidos como aquellos más representativos alrededor de los cuales le conferirían cierta unidad de diferenciación. Así, la dimensión o, en su caso, el elemento diferenciador considerado el principal responsable por esa unidad podría variar conforme a la región

e incluso conforme a la escala, pues en el ámbito de la regionalización de un país, por ejemplo, la diferenciación podría suceder más por un elemento determinado que por otro distinto en la regionalización de escala continental.

De acuerdo con la base filosófica y/o epistemológica, esa diferenciación regional también adquiere distintas connotaciones. El resultado, en algunos casos, ha sido el hecho de considerar a la región fruto de la división espacial del trabajo desde la óptica de la Geografía marxista; la región como espacio vivido, identitario, en la Geografía de base fenomenológica; la región funcional en la perspectiva de la Geografía neopositivista (aunque no es únicamente propia de este enfoque), etc. Por lo tanto, algunos enfatizan en una lectura más objetiva y materialista de la región (en una lectura extrema, la región es un simple dato físico que debe ser reconocido), mientras que otros la abordan por el prisma de la subjetividad y de la cultura (la conciencia construida por sus habitantes, por ejemplo).

Considerando esa cuestión amplia del recorte escalar, a su vez fundada en la problemática de la diferenciación del espacio geográfico, tenemos el grado de integración de los elementos diferenciadores del espacio, pues esas diferenciaciones son de múltiples órdenes, de lo físico-natural a lo humano, de lo económico a lo cultural. La aludida tradición regional clásica consideraba a la región geográfica como aquella que, efectivamente, realizaba la llamada síntesis regional entre los factores físico-naturales y humanos. Por ello, las regiones simples, tópicas o elementales, considerando únicamente uno o pocos elementos diferenciadores, no eran consideradas una región en sentido estricto.

Esa región genérica, objeto de creación a partir de cualquier criterio definido por el investigador, acabó de alguna forma diluyendo otra perspectiva: la sintética, principalmente al enaltecer la regionalización en una clasificación de áreas por la óptica de la Geografía neopositivista.<sup>3</sup> La gran cuestión es que la región no podría ser diluida como una simple clase de área ni tampoco ser concebida como una amalgama plena entre factores de todo orden. Para solucionar el embrollo, algunos geógrafos propusieron la elección de un elemento estructurante y/o diferenciador por excelencia responsable de la supuesta unidad regional.

<sup>3</sup> Véase la obra de Grigg (1974 [1967]).

La elección del elemento diferenciador más importante, responsable de la estructuración —aunque también considerada articulación— regional, es evidente que también depende del posicionamiento teórico-filosófico empleado por el investigador. Así, en la Geografía de inspiración materialista histórica, la dimensión económica adquirió preponderancia y, con ello, la región económica que ya venía siendo promovida en el ámbito de la Economía, a través de las relaciones centro-periferia y/o de las regiones funcionales, acabó convirtiéndose en la nueva región por excelencia, principalmente como producto de la división interregional del trabajo.

Pero la región también puede ser vista no tanto como una herramienta analítica en la búsqueda de los recortes geográficos más consistentes, sino también como una categoría de la práctica o vivencia que le confieren los propios grupos sociales que la producen. De esta manera, surge la región como espacio vivido (Frémont, 1976) y la influencia de corrientes como la fenomenología en la llamada Geografía humanista. En ésta se enfatizan fenómenos de las identidades regionales y los regionalismos —estos, sin embargo, en concepciones más estrictas—, leídos como movimientos políticos de base territorial en busca de mayor autonomía para la región (Markusen, 1981).

Finalmente, llegamos a la tercera perspectiva, la político-normativa de la región, donde la preocupación no es tanto responder analíticamente qué es, sino normativizarla, indicar un camino o un deber ser de ésta. Si ésta no se presenta como le gustaría a un determinado grupo o actor, entonces la decisión recaerá en el político-planificador, quién sugerirá esa especie de región ideal que debe ser construida. En consecuencia, surgen conceptos como el de “región-plan(ificada)” y su conexión con movimientos políticos que defienden la descentralización y una mayor autonomía y/o nuevas articulaciones regionales. El biorregionalismo, entre otros movimientos, predica una nueva configuración regional que manifiesta un mínimo de armonía entre la sociedad y el medio físico-natural. Aquí, claramente se imbrica la región como categoría de análisis, de la práctica y normativa, demostrando así la relevancia del diálogo y la vinculación entre las tres formas de concebirla.

De todos modos, podemos afirmar que, entre idas y venidas, muertes y resurrecciones, la región en Geografía se desdobra a través de la interacción (mayor o menor) de dos principios básicos; por una parte, el de la homogeneidad, que privilegia una cierta horizontalidad y mayor fijación dentro de una lógica zonal de organización del espacio y, por otra, el principio de la

cohesión regional, que prioriza la verticalidad y los flujos en la lectura de la región a partir de una lógica reticular. Como resultado nacieron las tradicionales regiones homogéneas y las funcionales o polarizadas, pautadas en distintas concepciones de diferenciación del espacio —una diferenciación en área—, de separaciones mejor delimitadas y una diferenciación en red o de conexiones que implican delimitaciones más relativas.

### **Los desafíos en la búsqueda de una de(s)colonización de la región**

En Geografía, la región vivió durante las últimas décadas una serie de nuevas proposiciones conceptuales desde diferentes corrientes teóricas.<sup>4</sup> Sin embargo, casi todas tuvieron su origen en el mismo núcleo de pensamiento euro-norte-americano o, más precisamente, en el anglosajón. Por más que sus autores traduzcan múltiples formas de pensar la región y los procesos de regionalización, considerando la propia diversidad de elementos involucrados en la diferenciación del espacio geográfico, lo que acaba prevaleciendo es una regionalización abordada, casi exclusivamente a partir de la acción de los grupos hegemónicos de los países centrales. Sus propuestas —como el propio sistema-mundo moderno colonial capitalista— al final poseen una pretensión excesiva de universalidad, como si pensar la región a partir de un contexto europeo o norteamericano tuviera los mismos presupuestos que el pensamiento en espacios periféricos como los africanos, sudasiáticos o latinoamericanos.

Se debe enfatizar, una vez más, que los debates sobre la región y los procesos de regionalización contienen en su raíz la problemática de la diferenciación del espacio geográfico. Recordando siempre que, más allá de una diferenciación regional concreta, al mismo tiempo cualitativa y cuantitativa, de naturaleza y grado (en los términos que plantea el filósofo Henri Bergson), se trata además de una regionalización analítica, práctica y normativa que impone, por lo tanto, la consideración de las formas diferenciadas de la producción del conocimiento sobre la región y la regionalización.

Así como no se puede enfrentar la diferenciación del tiempo —la periodización— en una perspectiva universal sin considerar su diferenciación a

<sup>4</sup> Sistematizamos una parte expresiva de esas innovaciones en Haesbaert (2019 [2010]: 59-77).

través de las diversas geografías en que se concretiza, tampoco se puede investigar la diferenciación del espacio —la regionalización, en cierto sentido— sin pensar conjuntamente su distinción temporal y geográfica, es decir, cada espacio-tiempo produce concretamente y piensa teóricamente de forma distinta su regionalización.

Entonces, en nuestro caso, ¿qué significa pensar esa diferenciación del espacio a partir del contexto latinoamericano?, ¿qué especificidad tendría el pensamiento latinoamericano o, más estrictamente, el llamado pensamiento descolonial, en su forma de percibir, de leer la regionalización latinoamericana y, a partir de ella —quien sabe— la del propio mundo (reconociendo la especificidad de la visión o lectura del mundo de cada contexto geohistórico)?

Al respecto, consideramos que, así como en el pensamiento sobre el territorio, en el cual hemos invertido un poco más de tiempo (Haesbaert, 2018), una mirada latinoamericana y descolonial sobre la región y la regionalización implica, en primer lugar, recuperar pensadores que han aportado una contribución específica a este debate. Vale la pena, primero, sintetizar algunas características más generales del pensamiento descolonial.

El pensamiento descolonial surge, especialmente en el trabajo de Aníbal Quijano (2000, 2007), a partir del diálogo con corrientes como la teoría de la dependencia (de evidente raíz latinoamericana) y la del sistema-mundo, los estudios poscoloniales, el neomarxismo y/o el pensamiento libertario. En primer lugar, cabe hacer una breve aclaración sobre el término utilizado en el título de esta contribución “de(s)colonizar”. A pesar de que no exista un consenso, se emplea la mayor de las veces sin distinguir los términos descolonial y decolonial, preferimos enfatizar el primero y reconocer que no se trata de un anglicismo. Empero, no se trata de confundir la dinámica histórico-política específica de la descolonización, vinculada más directamente con el colonialismo y su contenido socio-político y cultural, sino abordar lo descolonial en un sentido mucho más amplio, es decir, a través de la colonialidad, que todavía en la actualidad es enfática, incluso en los países administrativamente descolonizados hace mucho tiempo, como la mayoría de los países latinoamericanos.

Sin embargo, reconocemos que autores como Catherine Walsh (2009), más allá de un anglicismo, usan decolonial para resaltar la distinción con el significado de *des* en español (y en portugués):

No pretendemos simplemente desarmar, deshacer o revertir lo colonial; es decir, pasar de un momento colonial a un no colonial, como que fuera posible que sus patrones y huellas desistan de existir [como en la expresión descolonizar]. La intención, más bien, es señalar y provocar un posicionamiento —una postura y actitud continua— de transgredir, intervenir, insurgir e incidir. Lo decolonial denota, entonces, un camino de lucha continuo en el cual podemos identificar, visibilizar y alentar “lugares” de exterioridad y construcciones alternativas (Walsh, 2009: 14-15).

Por lo tanto, no se trata de reconocer que vivimos en un mundo descolonizado y poscolonial. Conforme a lo que señalan Castro-Gómez y Gosgrofel (2007), no hubo una transformación significativa con el llamado fin del colonialismo en lo que se refiere a la estructura centro-periferia y a la jerarquización étnico-racial de nuestros pueblos. Se pasó así de un colonialismo moderno a una colonialidad global, ahora bajo nuevas formas de dominación y de alcance planetario. Por esa razón, los autores prefieren hablar no sólo de un “sistema-mundo capitalista”, pero sí de un “sistema-mundo europeo/euro-norte-americano capitalista/patriarcal moderno/colonial” (Castro Gómez y Gosgrofel, 2007: 13).

Esta de(s)colonialización aparece referida a la “heterarquía de las múltiples relaciones raciales, étnicas, sexuales, epistémicas, económicas y de género que la primera descolonización dejó intacta” (Castro Gómez y Gosgrofel, 2007: 17). Lo anterior demuestra con énfasis que “las relaciones de poder no se limitan sólo al dominio económico-político y jurídico-administrativo de los centros sobre las periferias, sino que poseen también una *dimensión epistémica*, es decir, cultural” (Castro Gómez y Gosgrofel, 2007: 19).

En la búsqueda de posibles precursores de un pensamiento descolonial sobre la región y la regionalización, encontramos al marxista peruano José Carlos Mariátegui, quien se refiere a un “nuevo regionalismo indígena” a partir de la realidad peruana. Asimismo, desenmascara la descentralización regional como solución para la cuestión indígena y de la tierra proponiendo “un nuevo regionalismo” que “no es una mera protesta contra el régimen centralista”, pues se inspiraría en las regiones del altiplano (“serranas”) donde brota el “sentimiento andino”. Explica que:

Los nuevos regionalistas son, ante todo, indigenistas. No se les puede confundir con los anticentralistas de viejo tipo. [...] El problema primario, para estos

regionalistas, es el problema del indio y de la tierra. [...] La autonomía municipal, el *selfgovernment*, la descentralización administrativa, no pueden ser regateados ni discutidos en sí mismos. Pero, desde los puntos de vista de una integral y radical renovación, tienen que ser considerados y apreciados en sus relaciones con el problema social (Mariátegui, 2008 [1928]: 133).

Mariátegui hace su interpretación del nuevo regionalismo indígena como fundación de la nacionalidad peruana en proceso de formación, casi al mismo tiempo en que el marxista italiano Antonio Gramsci, en un contexto de periferia del centro, del sur de Italia, trata la cuestión meridional como un asunto regional, a partir de la consolidación de un bloque hegemónico agrario (Gramsci, 1987 [1926]). Ambos defienden que el problema regional es de articulación de clases alrededor de la cuestión de la tierra, a lo que Mariátegui agrega que, también desde la especificidad andino-latinoamericana, la indígena. Mas allá de eso, el discurso de la autonomía regional se suscribe en un debate más amplio, social.

Pero de(s)colonizar no implica, únicamente, mirar nuevamente nuestro espacio a la luz de una relectura de clásicos críticos, marxistas, como Mariátegui. Exige también de nosotros, buscar en nuestros propios autores tradicionales de la Geografía, contribuciones que incluso lejos de la etiqueta de(s)colonial traían desde ese entonces importantes lecciones para otras miradas sobre el espacio geográfico y la regionalización.<sup>5</sup> De esta manera, en el caso peruano y en otra posición política —el “aprimo” centro-izquierdista criticado por Mariátegui—<sup>6</sup> tenemos al geógrafo Javier Pulgar Vidal, cuya obra, *Geografía del Perú*, hemos analizado con mayor detalle en un trabajo anterior (Haesbaert, 2014).

<sup>5</sup> Un ejemplo reciente de ese enfoque puede ser encontrado en la relectura descolonial que Ferreti (2019) hace de la obra del geógrafo brasileño clásico Manuel Correia de Andrade (1922-2007).

<sup>6</sup> Mariátegui desdobló una fuerte rivalidad con su antiguo compañero de militancia y fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), Víctor Haya de la Torre, quien, a pesar de criticar las oligarquías agrarias, no consideró el potencial revolucionario del campesinado indígena, y en lugar de una alianza revolucionaria del campesinado con el proletariado defendía un frente amplio con los intelectuales y la burguesía. Javier Pulgar Vidal fue un “aprista” activo, habiendo sido secretario del Ministerio de Fomento, diputado en el Congreso Nacional, primer rector de la Universidad Comunal del Centro del Perú y embajador en Colombia. Es interesante recordar que uno de los mayores líderes apristas, Alan García (presidente de Perú dos veces), también manifestó su preocupación con el tema regional peruano, revelada en los libros *La revolución regional* (1990) y *Mi gobierno hizo la regionalización: Fujimori la destruyó en un año* (1998).

Pulgar Vidal desdobló una regionalización para Perú denominada regionalización transversal, este-oeste, opuesta a aquella longitudinal, noroeste-sureste, que puede ser considerada colonial, pues su origen se remonta a los colonizadores españoles (los llanos o costa, sierra y montaña, antiguo nombre de la Amazonia peruana, también llamada Selva u Oriente). Pero esa concepción de transversalidad regional se encontraba presente previamente en otros autores, como el propio Mariátegui, que implícitamente reconocía la diferencia entre una regionalización que se puede denominar hoy analítica, basada en criterios físico-naturales, y una regionalización normativa, necesaria para la planificación estatal:

La sierra y la costa, geográfica y sociológicamente, son dos regiones; pero no pueden serlo política y administrativamente. Las distancias interandinas son mayores que las distancias entre la sierra y la costa. El movimiento espontáneo de la economía peruana trabaja por la comunicación transandina. Solicita la preferencia de las vías de penetración sobre las vías longitudinales. El desarrollo de los centros productores de la sierra depende de la salida al mar (Mariátegui, 2008 [1928]: 133).<sup>7</sup>

Mientras que para los colonizadores y la élite caudilla limeña la cordillera andina representaba una gran barrera que aislaba el este amazónico del país, los indígenas de antaño transitaban del norte al sur por los valles de las montañas y, al mismo tiempo, integraban económicamente la costa, la sierra y la selva amazónica. El autor resalta que, como en otros países colonizados, los españoles también modificaron las denominaciones de animales, plantas y lugares (que recibían el nombre de santos del día en que estos habían llegado). De esta manera, “los españoles acomodaron la geografía, la botánica, la zoología y la toponimia, entre otras ciencias, a su propia cultura” (Pulgar Vidal, 1987: 13).

Pulgar Vidal también valorizaba la vivencia local, en sus trabajos de campo señalaba que lo más importante era escuchar lo que tenían que decir los campesinos. En una entrevista, por ejemplo, él afirmaba:

<sup>7</sup> Además, agrega que “[...] La explotación de los recursos de la sierra y la montaña reclama vías de penetración, o sea vías que darán, a lo largo de la costa, diversas desembocaduras a nuestros productos. En la costa, el transporte marítimo no dejará sentir de inmediato ninguna necesidad de grandes vías longitudinales. Las vías longitudinales serán interandinas. Y una ciudad costeña como Lima, no podrá ser la estación central de esta complicada red que, necesariamente, buscará las salidas más baratas y fáciles” (Mariátegui, 2008: 137).

[...] caminando por el campo nunca hablábamos con la gente culta que vivía en las ciudades, sino que íbamos hablar con los campesinos, con los chacareros, con la gente que ha guardado sabidurías tradicionales que venían desde muchos milenios.[...] ciertamente he aprendido mucho de los comuneros porque la ciencia de ellos es todavía infinita y muy poco explorada (Perú 21, 2012).

Incluso, para la nomenclatura de las regiones, este autor consideró la toponimia indígena y campesina —indígenas y campesinos vistos como “sus herederos actuales, poseedores milenarios de esta tierra”— (Pulgar Vidal, 1987: 12). De esta forma, cuando indagó sobre la región en la que viven los campesinos, estos respondieron que vivían en la Chala (o la costa), en la Yunga (tierras calientes de las quebradas), en la Quechua (tierras templadas), en Suni o Jalca (tierras frías), en la Puna (altiplanos y riscos muy fríos), etc.

Contribuciones como las de Mariátegui y Pulgar Vidal, cada una en posturas políticas diferentes, hacen pensar en una relectura de la cuestión regional a la luz de problemáticas específicamente latinoamericanas que nos permiten reevaluar el concepto de región y los métodos de regionalización fundamentados en las particularidades y singularidades de nuestro contexto geohistórico. Pensar, a partir de la especificidad de una mirada y una práctica latinoamericana (con todo lo controversial que implica el término América Latina), significa en la actualidad rebasar la colonialidad del saber y el hacer que aún impregna profundamente nuestras geografías.

Trabajos más antiguos, especialmente aquellos de la llamada Geografía clásica de matriz francesa (más allá de sus implicaciones colonializadoras), así como los que fueron moldeados por diferentes influencias de la fenomenología, quienes valorizaban la identidad o la consciencia regional y/o de la región como espacio vivido, acabaron trayendo contribuciones importantes para la consideración de lo que aquí proponemos denominar “regionalización desde abajo”. En el caso brasileño, trabajos como *Tipos e aspectos do Brasil (Revista Brasileira de Geografia, 1956)*, a pesar de todas las críticas (especialmente en lo que se refiere al carácter estereotípico de muchas figuras regionales), contribuyeron con elementos importantes para el reconocimiento de los personajes, hasta entonces, poco visibilizados y de los grupos al margen que, en el ámbito de la vida cotidiana, han sido fundamentales para la construcción de las diferentes regiones del país.

Un elemento importante, inherente al enfoque descolonial aquí propuesto, involucra la dificultad e, incluso, la impropiedad de ajustarse, una

vez más, a un concepto general y universal de región aplicable a cualquier espacio del planeta. La propia convivencia, en la actualidad, de tantas concepciones distintas de región, nos conduce a cuestionar una resolución analítica del dilema de la regionalización de un modo universalizante y generalizable, como tantas veces se buscó hacer en el pasado. Como hemos afirmado, “lo regional se impone por su multiplicidad, o si se prefiere, por su complejidad”. Por lo tanto, eso exige:

[...] la adaptación de nuestras conceptualizaciones a los contextos históricos, geográficos y culturales en los que estamos emergidos y/o que estamos enfocando. Así, en la actualidad, regionalizar un país como la India o la China, con los mismos instrumentos, los mismos énfasis escalares y los mismos indicadores (sin hablar de la amalgama de sujetos sociales allí involucrados) que utilizamos para regionalizar países como Brasil, África del Sur o Nigeria sería una imprudencia. Ello se debe a su inserción (y la de sus “regiones”) profundamente desiguales en las distintas esferas de la globalización (Haesbaert, 2019 [2010]: 147).

Aunque desde el punto de vista de la reproducción capitalista seamos obligados a reconocer una “regionalización global desde arriba”, a veces intensa, pero desigualmente articulada desde el punto de vista de la densa amalgama concreta que rige la vida cotidiana, esta desigualdad y/o diferenciación es mucho más problemática. Se reproduce para las regiones; de cierta forma, aquella característica señalada por Doreen Massey (1994) para los lugares: hoy en día, su especificidad se da sobre todo por la propia forma con que localmente se combinan distintos fenómenos geográficos (muchos de ellos diseminados en red alrededor del mundo). No se trata sólo de reconocer la particularidad o singularidad de cada parcela del espacio, sino de evidenciar las diferentes manifestaciones de conexiones entre las múltiples trayectorias constituyentes de estos espacios.

Otra contribución relevante, traída por el grupo de geógrafos dirigido por Massey, Allen y Cochrane, entre otros (Massey, *et al.*, 1998) es el reconocimiento de “regiones con huecos”, espacios cuya articulación regional se construye para algunos sujetos y flujos, pero no para otros. Así, el neoliberalismo de Margaret Thatcher inventó una región sur de Inglaterra, capitaneada por Londres, con la finalidad de atraer nuevas empresas de alta tecnología dentro del modelo que se acordó denominar capitalismo flexible. El resultado ha sido la articulación, a través de grandes ejes de circulación y nodos

de intensa conexión a la economía global, mientras que, en otros espacios, especialmente los más precarizados dentro de la inmensa área metropolitana de Londres, fueron excluidos de este proceso. Jugando con las palabras, afirmamos que, en un contexto periférico como el de la región Nordeste del Brasil, tendríamos “huecos con regiones” invirtiendo la densidad de articulaciones encontrada en el contexto británico.

Esas dinámicas de desarticulación que, en nuestro entendimiento, deberían constituir una base para el análisis de la formación de regiones no se restringen, a pesar de todo, a los procesos de reproducción capitalista. Las regionalizaciones, hasta este momento realizadas en distintos contextos nacionales, acabarán siempre, de un modo u otro, privilegiando el papel de los grupos hegemónicos (corporaciones capitalistas y organizaciones estatales, por encima de todo) y reflejando una regionalización de arriba para abajo, como si fueran los únicos sujetos capaces de producir y delimitar diferenciaciones geográficas relevantes. En una perspectiva descolonial, incluso cuando privilegiamos el análisis de la acción hegemónica, debemos agregar la fuerza de las relaciones raciales o étnicas y de género en las diferentes manifestaciones de las (de)formaciones regionales. De esta manera, obligatoriamente en menor o mayor grado, evidenciaríamos también una regionalización desde abajo exponiendo grupos hasta ahora invisibilizados en la participación de la construcción de las diferenciaciones regionales. Hace casi una década, afirmábamos que:

En casos como el de los denominados “pueblos tradicionales” brasileños, especialmente indígenas y quilombolas (remanentes de antiguos esclavos), es toda “otra geografía” y, también, otra regionalización que se despliega desde el momento en que, dotados de voz y visibilidad, estos grupos son provistos también del poder de mapear, representar y, de cierto modo, articular ellos mismos sus espacios, de otra forma considerados “excluidos” o, peor aún, “vacíos” (como lo revelan muchos mapas oficiales). No deja de ser este un proceso de regionalización o de articulación regional “desde abajo”, una forma de pensar/representar —y actuar— en el espacio a partir de una lectura integrada de sus múltiples dimensiones. En este caso, nuevas articulaciones (tanto *intra* como *inter*) regionales pueden ser la base imprescindible para la construcción de nuevas prácticas espaciales de poder, o sea, de una nueva territorialización, más alternativa (Haesbaert, 2019 [2010]: 153).

Por ejemplo, en el caso de la América andina o el caso mexicano, una regionalización desde abajo dibujada por los múltiples grupos subalternos étnicamente diferenciados, muchos de los cuales son objeto de un fuerte protagonismo femenino, deben ser ampliamente considerados. Incluso dentro de un solo país, especialmente en el caso de naciones de dimensiones casi continentales como Brasil, Argentina y México, podemos encontrar problemas al intentar regionalizar dentro de un criterio patrón que reconozca la acción tanto de los grupos hegemónicos como la de los subalternos. Basta reconocer, por ejemplo, la dificultad de aplicar genéricamente un concepto tradicional como el de región funcional urbana, moldeado inicialmente para el contexto europeo, el cual soslaya la enorme diferenciación que existe en el consumo de mercancías y servicios conforme a cada clase social. En ese sentido, Milton Santos (1979) contribuyó con su *Teoría de los dos circuitos de la economía urbana* para complejizar el proceso que conducía a la identificación de la funcionalidad urbana a través de la consideración de diferentes clases socioeconómicas.

Además, en el caso brasileño, un espacio como la Amazonia manifiesta la carencia de una red de ciudades capaz de responder a los principios básicos de una regionalización en regiones funcionales. En compensación, si reconocemos el alcance de las tierras de usufructo colectivo, encontraremos áreas inmensas dentro de la Amazonia, donde la presencia indígena es relativamente autónoma y la preservación de la selva adquiere enorme relevancia. Hasta la fecha, prácticamente todas las regionalizaciones propuestas para Brasil desconsideran la intensa acción de los llamados pueblos tradicionales (además de los indígenas, los quilombolas, seringueiros, faxinalenses, geraizeiros, vazanteiros,<sup>8</sup> etc.) en las distintas configuraciones regionales del país.

Finalmente, dentro de una perspectiva descolonial de región y regionalización, es importante retomar el debate inicial sobre la región como categoría

<sup>8</sup> “Quilombolas”, en Brasil, alude a los afrodescendientes que, cuando esclavos, huyeron para espacios donde podían ser libres —los “quilombos”; “seringueiros” refiere a los caucheros que crearon en la Amazonia brasileña las “reservas extractivistas” de látex de goma. “Faxinalenses” es un término para identificar a los campesinos descendientes de inmigrantes europeos en el Sur de Brasil que, además de sus pequeñas propiedades privadas, comparten áreas de uso colectivo (los “faxinais”), en general, para crear pequeños animales; “geraizeiros” son antiguos habitantes de los “Gerais” o “Cerrados” (la sabana brasileña) que comparten tierras comunes, y “vazanteiros” son agricultores que habitan a orillas de los grandes ríos del Brasil central donde utilizan sus islas y partes bajas inundables (“várzeas”).

de análisis, categoría de práctica y categoría normativa (además de su carácter pedagógico), lo que conduce a reafirmar su carácter indisociable. En este sentido, defendemos la región como arte-facto, amalgama compleja entre artificio y *facto* (hecho), herramienta intelectual y evidencia concreta. De esta manera, proponemos el método de regionalización como mediación:

[...] método, en cuanto “medi-acción”, o sea, como “medio-acción” (tanto “medio para la acción” como “medio/contexto y acción”), no sólo es una forma de interpretar sino también de crear, y hecho e interpretación, al contrario de la máxima nietzscheana según la cual “no hay hechos, solamente interpretaciones”, no se deben disociar. [...] Obviamente, entonces, “las regiones reflejan tanto diferencias en el mundo como ideas sobre diferencias” (Agnew, 1999: 92; Haesbaert, 2019 [2010]: 96).

Proponer la región como arte-facto significa reconocer que regionalizar no es sólo un requisito de método para la investigación o una delimitación espacial de las diferencias (de grado o de naturaleza), es decir, una herramienta abstracta accionada conforme a los intereses del investigador. Sobre todo, se trata de considerar siempre:

[...] a las múltiples formas de des-articulación diferenciadora del espacio a través de sus diversas dimensiones y de los diversos sujetos que, “de hecho”, lo construyen. Nuestra cuestión no se reduce, así, a problematizar la diferenciación/des-igualación espacial a partir de nuestros métodos de análisis y clasificación, sino también teniendo en cuenta la acción concreta que produce esta diferenciación con base en las distintas articulaciones sociales del espacio —o sea, más allá del restringido ámbito académico, la regionalización adquiere también claras implicaciones político-sociales—. Leer la región a partir de lo que denominamos articulación del espacio, en la imbricación entre artificio metodológico y hecho concreto, vivido (y, en cuanto vivido, con todo su valor simbólico, más subjetivo), significa, también, enfatizar en nuestro abordaje la “acción” y la figura de los agentes, o más bien, de los sujetos sociales en cuestión, pues son ellos los que efectivamente, vinculados con su medio (incluso, no humano), construyen las diferenciaciones geográficas que llevan a la elaboración de nuestras distintas regionalizaciones (Haesbaert, 2019 [2010]: 149-150).

Si la región, en la actualidad, se organiza a través de relaciones socioeconómicas, políticas y culturales, y no sólo con el Estado-nación en el que

se encuentra situada, sino también a través de los Estados (formando complejas regiones transfronterizas) y/o directamente con las dinámicas capitalistas globalizadas, la región también es dibujada desde abajo a través de los incontables movimientos sociales de resistencia, tan actuantes en diversos contextos latinoamericanos. Por esa razón, podemos afirmar que:

[...] al centralizar nuestro análisis en la figura de los sujetos sociales regionalizadores/articuladores del espacio, verificamos que puede haber, al mismo tiempo, articulaciones diferentes entre los grupos y/o clases sociales, cada uno de los cuales define su propio contexto [y escala] regional. Se trata, en este caso, jugando con las palabras, de una “articulación desarticulada”, en la medida en que un mismo espacio puede estar fraccionado entre distintas formas regionales de cohesión, dada la (relativa) desconexión entre los circuitos promovidos por cada gran segmento social. Sin decir que, en el mundo contemporáneo, al lado de las grandes articulaciones que en última instancia terminan en el nivel global, se percibe también el surgimiento de movimientos des-re-articuladores, que promueven cohesiones espaciales no obligatoriamente vinculadas a estos circuitos globales hegemónicos (Haesbaert, 2019 [2010]: 156).

## A manera de conclusión

En resumen, se puede decir que una descolonización de la región/regionalización en Geografía implica:

- a) Cuestionar las pretensiones excesivamente generalizadoras de la colonialidad del poder que impone un criterio estándar universal de regionalización sin considerar las distintas formaciones espacio-temporales/histórico-geográficas.
- b) Valorar otros sujetos y saberes, locales/regionales, en una regionalización (también) desde abajo.
- c) Incorporar con mayor énfasis, además de lo económico-político, las dimensiones étnicas y de género en las regionalizaciones, de manera precisa aquellas que, especialmente en América Latina, adquieren mayor relevancia cuando se vinculan a los procesos de dominación y opresión sobre grupos subalternizados.

Finalmente, una contribución que parte de una mirada latinoamericana sobre la región y los procesos de regionalización —mejor dicho, vista de modo relacional como un proceso en permanente construcción— es aquella que proviene, justamente, de las prácticas espaciales de los pueblos originarios (que en Brasil son tradicionales). Se trata de recuperar y releer la idea de una región más integrada y construida en la interacción social con el medio físico-natural.

Hoy tenemos conceptos como el de bioregión —aunque moldado en contextos diferentes al nuestro, promueve una relectura semejante a la de pueblos originarios— al enaltecer la autosuficiencia regional e, incluso, una determinada coincidencia entre territorios político-administrativos y contextos naturales. Sin embargo, es evidente que entre los pueblos originarios no se trata tanto de elaborar un proyecto, sino, por encima de todo, de revelar una práctica efectiva, una vivencia ancestral integradora, la cual al menos debe ser estimulada. Es el conocimiento de estas prácticas lo que lleva a Rivera Cusicanqui a expresar su deseo de “ver un mundo de bio-regiones, no de naciones, de cuencas de ríos, no de departamentos o provincias, de cadenas de montañas, no de cadenas de valor, de comunalidades autónomas, no de movimientos sociales” (2018: 119).

El sistema-mundo moderno colonial se ha disociado cada vez más de la correspondencia intrínseca, o interdependencia, entre las dinámicas naturales y los procesos sociales. Depende de un enfoque renovado y descolonizador de la diferenciación regional, enfatizar al mismo tiempo la enorme diversidad de manifestaciones del arte-hecho regional y la relevancia de los espacios, cuya gran marca distintiva implica, precisamente, la interdependencia sociedad-naturaleza. Está claro que, en la actualidad, este proceso más integrador se ha convertido en un acto fundamental para garantizar la supervivencia de la especie humana en el planeta.

Si lo regional conduce a respuestas para la multiplicidad de diferenciaciones en los procesos de des/articulación del espacio geográfico, es esta primera articulación diferenciada por naturaleza y asociada sobre todo a diversos grupos subalternizados a la que debemos enfocar prioritariamente nuestra atención. Siempre distinguiendo los límites y señalando las imbricaciones entre la categoría del investigador, quien piensa analíticamente la región, los habitantes que la hacen y la viven (incluso como categoría práctica y usando la designación del sentido común) y al político o planificador

preocupado en proponer una u otra forma de construirla y que altere la diferenciación y/o la desigualdad regional.

No hay que olvidar que una mirada descolonial latinoamericana también implica reconocer (y fomentar) nuestra capacidad de, además enfrentar y luchar, dialogar y transformar, mezclar, “antropofogizando” al otro, haciendo de él otra cosa. Aunque se identifiquen cohesiones regionales más claramente definidas desde los de abajo, pronto estarán dispuestos a abrir otra vez sus límites para la articulación (trasescalar) con otros grupos y regiones, siempre en lucha por una mayor igualdad socioespacial en términos políticos, económicos y culturales.

## Fuentes

AGNEW, JOHN

1999 “Regions on the Mind is not Equal to Regions of the Mind”, *Progress in Human Geography* 23, no. 1 (marzo): 91-96.

CASTRO-GÓMEZ, SANTIAGO y RAMÓN GOSFROGEL

2007 “Prólogo: Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico”, en S. Castro-Gómez y R. Gosfrogel, *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana.

FERRETI, FEDERICO

2019 “Decolonizing the Northeast: Brazilian Subalterns, Non-European Heritages, and Radical Geography in Pernambuco”, *Annals of the American Association of Geographers* 109, no. 5 (marzo): 1632-1650.

FRÉMONT, ARMAND

1976 *La región, espace vécu*. Paris: PUF.

GRAMSCI, ANTONIO

1987 *A questão meridional* [1926]. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

GRIGG, DAVID

- 1974 “Regiões, modelos e classes”, en R. Chorley y P. Haggett, *Modelos Integrados em Geografia* [1967]. São Paulo y Río de Janeiro: USP; Livros Técnicos e Científicos.

HAESBAERT, ROGÉRIO

- 2019 *Regional-Global: dilemas de la región y de la regionalización en la Geografía contemporánea* [2010]. Buenos Aires y Bogotá: CLACSO; UBA; Universidad Nacional Politécnica de Colombia.
- 2018 “De categoria de análise a categoria da prática: A multiplicidade do território numa perspectiva latino-americana”, en Fania Fridman, *Políticas públicas e territorios: onze estudos latino-americanos*. Buenos Aires: CLACSO.
- 2014 “Sobre a *Geografía del Perú* de Javier Pulgar Vidal”, *Terra Brasilis (Nova Série)* 3, no. 1(agosto): 1-14, en <<https://journals.openedition.org/terrabrasilis/952?lang=es#quotation>>, consultada en enero de 2021.
- 2003 *Morte e vida da região: antigos paradigmas e novas perspectivas da Geografia regional, Anais do XXII EEG Rio Grande*. Porto Alegre: FURG.

LACOSTE, YVES

- 1976 *La Géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*. Paris: François Maspero.

MARIÁTEGUI, JOSÉ

- 2008 *Sete ensaios de interpretação da realidade peruana* [1928]. São Paulo y Buenos Aires: Expressão Popular; Clacso.

MARKUSEN, ANN

- 1987 *Regions: The Economics and Politics of the Territory*. Totowa: Rowman & Littlefield.
- 1981 “Região e regionalismo: um enfoque marxista”, *Espaço e Debates* 1, no. 2 (mayo): 50-78.

MASSEY, DOREEN

- 2005 *For Space*. Londres: Sage.
- 1994 *Space, Place and Gender*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

MASSEY, DOREEN, JOHN ALLEN, JULIE CHARLESWORTH,  
ALLAN COCHRANE, GILL COURT, NICK HENRY y PHIL SARRE  
1998 *Rethinking the Region*. Londres: Routledge.

PERÚ 21

2012 “Difunden en YouTube entrevista al amauta Javier Pulgar Vidal”,  
*Perú 21*, 5 de marzo, en <<https://peru21.pe/reportuit/difunden-you-tube-entrevista-amauta-javier-pulgar-vidal-18744-noticia/>>, consultada el 24 de agosto de 2013.

PULGAR VIDAL, JAVIER

1987 *Geografía del Perú*. Lima: Inca.

QUIJANO, ANIBAL

2007 “Colonialidad del poder y clasificación social”, en Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfogel, eds., *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* [2000]. Bogotá: Siglo del Hombre, 342-386.

2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Edgardo Landier, ed., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales – perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso, 201-246.

REVISTA BRASILEIRA DE GEOGRAFIA

1956 *TIPOS e aspectos do Brasil*, 6ª. ed. Río de Janeiro: IBGE; Conselho Nacional de Geografia.

RIVERA CUSICANQUI, SILVIA

2018 *Un mundo ch'ixi es posible: ensayos sobre un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.

SANTOS, MILTON

1979 *O espaço dividido: os dois circuitos da economia urbana dos países subdesenvolvidos*. Río de Janeiro: Livraria Francisco Alves.

WALSH, CATHERINE

2009 *Interculturalidad, Estado, Sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar; Abya-Yala.